

Sol Serrano

Pontificia Universidad Católica de Chile

Resulta particularmente interesante que en este Seminario se incluyera el tema del rol de los intelectuales en la sección relativa a los Grupos Medios. Deduzco de ello que hay un interés especial en mirarlos como un grupo social, cuestión que entre nosotros ha constituido, por decir lo menos, una mirada ausente. Ausente particularmente en la historiografía, que ha centrado su interés en la producción de los intelectuales, en la historia de las ideas, pero escasamente en los sujetos y en las condiciones institucionales de su producción.

La sociología, en cambio, tiene una copiosa literatura al respecto, centrada principalmente en el estudio del intelectual moderno en sociedades avanzadas altamente complejas. Mi aproximación a ella ha sido bastante pragmática, pues mi interés se ha circunscrito a buscar categorías teóricas y metodológicas que pudieran dar cuenta de un objeto histórico específico, como son los intelectuales chilenos del siglo diecinueve.

Desde la historia, el trabajo pionero en la materia fue el de Jacques Le Goff sobre los intelectuales en la Edad Media escrito en 1957, donde estudia a los universitarios como el surgimiento de un nuevo grupo socio-profesional ligado a la revolución urbana de los siglos doce y trece.

El primer problema obvio es cómo se define un intelectual, si *à la* Weber, como los monopolizadores de los certificados educacionales cuyo modelo es el *litterati* chino o el funcionario profesional del Estado burocrático moderno; si *à la* Gramsci, para quien los intelectuales no son un grupo social autónomo sino una categoría especializada que cada clase social genera en su lucha por la hegemonía en el Estado y la sociedad civil; si *à la* Mannheim, que postula que el intelectual es el que provee una síntesis interpretativa de la sociedad; si *à la* Coser o *à la* Benda, para los que los intelectuales son los creadores de alta cultura y los guardianes de los grandes valores morales; si *à la* Shills, para quien son los expertos. En fin, son muchos también los autores que clasifican distintos tipos de intelectuales según el tipo de producción e inserción institucional. Quizás la única categoría común a todos es que los intelectuales producen ideas.

Para los efectos de mi tema —una breve caracterización de los intelectuales chilenos en el momento en que se construye lo que podríamos llamar una estructura intelectual moderna a mediados del siglo pasado—, quisiera por ahora restringir esta definición sólo a dos variedades: la producción y comunicación de conocimiento, cualquiera

sea su naturaleza, y el afán interpretativo de la sociedad. Con ello quiero liberar a los intelectuales de hacerlos un sinónimo de académicos y profesionales, para darle un valor específico al afán interpretativo a partir del conocimiento.

Ambas variedades han estado históricamente vinculadas. La función interpretativa de los intelectuales no ha sido ajena al desarrollo de las disciplinas científicas y a las estructuras de la educación superior. De allí entonces que las dos variables escogidas traten de ligar la función interpretativa del intelectual con las bases institucionales de la producción de conocimiento.

Para el caso específico de Chile en el siglo diecinueve, escoger estas variables es más relevante por lo que omite que por lo que incluye. Omite al científico y al profesional así como al guardián, es decir, omite a los productores de conocimiento original relevante para el desarrollo interno de una disciplina a nivel universal; omite a los guardianes de los valores morales, lo que supone intelectuales ajenos a las pasiones de las multitudes y a la lucha de intereses; y omite a los expertos formalmente certificados.

Quisiera entonces hacer una breve caracterización de la institucionalidad intelectual que se construye en el siglo pasado y del rol social de los intelectuales.

En primer lugar, es una estructura que se construye en torno al sistema educacional de carácter estatal con ciertos rasgos modernos: es una estructura secular, no responde a las necesidades de la Iglesia ni en cuanto a su legitimación ni en cuanto a la formación del clero. Más aún, es un espacio institucional para la generación de ideología, para una reflexión crítica de la legitimidad del orden social y para la generación de proposiciones alternativas. Es, por ello, plural. Tanto en el sistema público representado por la Universidad de Chile como en el privado representado por la Iglesia, la prensa, el mundo editorial y algunas formas de asociación de carácter intelectual, compiten diversas interpretaciones del mundo que pretenden fundarse racionalmente; pluralidad o competencia que, al institucionalizarse, adquieren su certificado de legitimidad. Ello es inherente a la función transformadora que adquiere el conocimiento en

el mundo moderno, en contraposición a la función conservadora de la tradición. Una institucionalidad plural que admite el disenso implica una forma de reclutamiento de los intelectuales que es abierta, es decir, que no está cerrada a un estamento o casta, aunque sea socialmente restringida. Es, por último, una institucionalidad que aspira a producir conocimiento y a producirlo en función de las condiciones y necesidades locales.

En relación al tipo de producción, salvo contadas excepciones, no se trata de conocimiento original relevante para el desarrollo interno de una disciplina. Los motivos por los cuales no se establece una estructura para la producción científica en el diecinueve me llevarían muy lejos, pero entre ellas se puede señalar que la función social del intelectual no está orientada hacia la "ciencia desinteresada", como la llamaba Bello, sino a la construcción algo urgente de un orden social donde, eso sí, el conocimiento racional y la racionalidad científica aspiran a jugar un papel directivo en su organización y su legitimación.

A mi juicio, el rol central de los intelectuales en el diecinueve podría englobarse en la función de mediación, de mediación de la producción de conocimiento de los países del centro y la sociedad local. Al contrario de lo señalado por una multitud de historiadores, esta función mediadora no es una pura imitación. Tiene una fuerte carácter creativo, al adaptar y traducir el conocimiento en una proposición para la sociedad local. Corresponde a lo que Eisenstadt ha definido como "intelectuales secundarios", aquellos que toman en préstamo la producción original de otros y que juegan un rol central en el proceso de construcción y transmisión de la tradición; sirven como canales de institucionalización y posibles creadores de nuevos tipos de símbolos de orientación cultural, de tradición y de identidad colectiva.

Respecto a sus características como grupo social, me basaré en los resultados de una investigación que estudia a alrededor de trescientos académicos de la Universidad de Chile entre 1842 y 1879. Se puede discutir el valor de la prueba, pero permite plantear algunas hipótesis.

Dijimos que el reclutamiento es abierto, pero socialmente muy restringido. Es un grupo urbano

principalmente capitalino y con una escolarización en extremo homogénea. Ello no es sorprendente, sólo confirma la escasa diversificación de la sociedad chilena. La enorme mayoría tiene credenciales formales, los autodidactas son pocos, y eso es un índice de profesionalización.

En una sociedad polarizada como la chilena, esa escolaridad ya revela la pertenencia del grupo al sector dirigente, pero lo interesante es que dentro del grupo de intelectuales más productivos y comprometidos en el desarrollo de esta institucionalidad intelectual, muchos no pertenecen a la clase propietaria. En un proceso típicamente moderno, la escolaridad progresivamente significa un capital para iniciar una carrera en funciones ligadas a instituciones intelectuales, y acceso a los altos cargos del Estado.

Las actividades desempeñadas en instituciones intelectuales pasan a ser progresivamente más competitivas en el mercado laboral. Ser "intelectual funcionario" podía ser tan rentable como ser propietario agrícola mediano. Es decir, la formación de una institucionalidad del conocimiento ligada principalmente –pero no de manera exclusiva– al sistema educacional, llevaba implícito un proceso de profesionalización, aunque la actividad intelectual estuviera aún lejos de ser una profesión en sí misma. Por lo tanto, no estamos frente al intelectual aristocrático que vive de sus rentas o del mecenazgo, sino ante el "intelectual funcionario" ligado a las distintas reparticiones del Estado, y muy mínimamente vinculado en forma directa al mercado.

La característica fundamental, a mi juicio, tanto de la perspectiva institucional como del tipo de producción, es la estrecha vinculación del intelectual con el aparato estatal y con el poder político. Al menos en mi muestra, más de 60 por ciento eran funcionarios públicos y más de 40 por ciento eran parlamentarios. La mayoría eran también publicistas, en el sentido dicimonómico del término.

Esta relación, de alguna forma, condiciona un tipo de producción dirigida a los requerimientos ideológicos, culturales y económicos de una sociedad que se percibía a sí misma en formación. La producción intelectual chilena, por su escasa especialización, estaba orientada a generar un conoci-

miento aplicado en las ciencias vinculadas al desarrollo económico, y a las disciplinas orientadas a generar ideologías, discursos explicativos que encauzaran a esta sociedad en formación. De allí que los intelectuales fueran también los políticos, los publicistas y los hombres de Estado.

La estrecha vinculación entre intelectuales y poder político no es una conclusión sorprendente. Ella ha sido profusamente tratada por estudiosos de la sociología de los intelectuales y particularmente destacado para los casos de América Latina y otras sociedades periféricas. Es algo que la historiografía sajona suele destacar con un deje de sorpresa y de ironía. No puedo entrar en ese debate, pero existen más juicios de valor al respecto que intentos de comprensión histórica.

Creo que es necesario comprender al intelectual como una figura mediadora en la constitución de la modernidad cultural en sociedades periféricas. Figura mediadora de los nuevos valores modernos entre el centro y la sociedad local: son los encargados de formular una ideología de reemplazo ante la desintegración del viejo orden; son los encargados de forjar una autoimagen, una identidad, una conciencia nacional que solidifique ese orden nuevo.

Quisiera avanzar un paso más y comprenderlos no sólo como los mediadores de las ideas modernas entre el centro y la sociedad local, sino también como mediadores entre la élite local y la "sociedad tradicional" que sienten como su misión transformar. De allí su muy estrecha vinculación con la política y el Estado, pero también con el sistema educativo, que es la clave para la transformación cultural de esa otra sociedad que no participa de los cánones de la cultura escrita y del pensamiento y comportamiento racional.

Aquí veo una clave en la interpretación del rol de los intelectuales en el siglo diecinueve: requieren ser estudiados no sólo desde sus ideas, sino también desde su creación e inserción institucional. Porque es en el cruce de ambas donde se explica su rol social.

A mi juicio, el tema cultural más apasionante del diecinueve es la expansión de la cultura escrita y su encuentro o desencuentro con la cultura oral.

Si la armazón institucional del diecinueve,



como yo lo creo, está orientada hacia la racionalización de los espacios tradicionales; si de esa racionalización depende incluso el derecho de ciudadanía, definida más por el acceso a la cultura escrita que a la propiedad; si ella demarca en parte la frontera entre la inclusión y la exclusión; si el discurso liberal de los intelectuales, en esencia universal, estaba para ellos históricamente limitado por una racionalidad bárbara que había que superar, se comprenderá hasta qué punto la presencia de los intelectuales en la política era consustancial a su programa como intelectuales. Porque la política, campo de la opinión, de la polémica, del disenso fundado y legítimo, permite hacer del Estado el gran instrumento para la racionalización de los espacios sociales e incorporarlos a nuevos patrones culturales.

Pero, al mismo tiempo, este rol del intelectual como ideólogo en la acción nos muestra también que estamos frente a una institucionalidad de escasa especialización, donde la autonomía relativa del campo cultural y del campo político era incipiente, pues la producción intelectual no sólo estaba en buena medida bajo el patronazgo del Estado, sino que estaba orientada hacia la construcción del Estado, el vehículo que transformaría a esa sociedad tradicional.

Especialización y autonomía son, en este sentido, inseparables. Entre mayor sea la especialización, mayor será la autonomía de las actividades intelectuales y de sus instituciones.

Mannheim, que define a los intelectuales como aquellos encargados de proveer a la sociedad de una interpretación de sí misma –sector que en las sociedades tradicionales estaría identificado con un casta que propone una única interpretación, la suya, y que en las sociedades modernas constituye un grupo abierto que ofrece interpretaciones que compiten entre sí–, distingue dos tipos de intelectuales modernos: aquellos que se afilian a una de las tendencias que compiten, transformando el conflicto de intereses en conflicto de ideas; y aquellos que intentan comprender las raíces del conjunto para construir una síntesis interpretativa. En este sentido, el intelectual chileno del diecinueve es un intelectual moderno afiliado a una de las tendencias contendientes. Y ello tiende a ser una

característica de larga duración en Chile, tanto por el carácter preeminentemente estatal de la institucionalidad del conocimiento como porque la conquista del Estado, como parece obvio, ha estado en el centro de los proyectos de las fuerzas contendientes.

Desde la perspectiva de la institucionalidad, la especialización o profesionalización de la actividad intelectual es un proceso lento que adquiere verdadera fisonomía a fines de la década del cincuenta y en los sesenta de este siglo con la creación de la profesión de académico en las universidades que finalmente logran transformarse en científicas. Ello permite que un sector antes escasamente diferenciado adquiera normas de comportamiento autodefinidas de acuerdo a ciertos cánones internacionales de producción científica, medición de productividad, pautas de competencia etc. Esto, si bien no lo independiza del Estado, sí lo independiza de la política, y aunque hay traslape entre ambas funciones, la especialización se profundiza.

Hoy día tenemos un sector académico que enfrenta sus propias dificultades, pero que se riga cada vez más por normas internas de productividad y patrones también internos de competitividad. Por otra parte, los centros de producción intelectual se han hecho francamente más plurales. Aunque domine el sector público, éste no es homogéneo. Ha surgido un sector privado tanto a nivel universitario como de centros de investigación. Los circuitos son hoy día múltiples, como lo son sus formas de comunicación, ya sea a través del rubro editorial o de los medios de comunicación. Las agendas también son plurales: no hay una discusión intelectual, hay múltiples, con sus propios agentes, circuitos, instituciones y medios.

Creo que ello ha incidido en mayores espacios de autonomía de la función de los intelectuales, que hoy provienen en su gran mayoría del mundo académico, aunque no exclusivamente, si contemplamos una dimensión aquí no tocada, que es la de las artes y particularmente de la literatura. Y el mundo académico es hoy día más independiente de la política. La política sigue teniendo en la academia una cierta base de reclutamiento, así como lo tienen los sectores más técnicos del Esta-

do, y esta relación es en Chile bastante más estrecha que en otras sociedades, particularmente en las sajonas. Pero esa relación sociológica tiende a disminuir. Hoy el intelectual à la Mannheim está más vinculado a la institucionalidad académica que a la política.

Es, por cierto, muy pobre intentar pensar el rol de los intelectuales hoy desde esta perspectiva más bien institucional en la que me he detenido. Sólo quiero señalar que, desde esta perspectiva, la autonomía de la función intelectual parece cada vez mayor en una sociedad progresivamente más plural y compleja; que si bien los intelectuales mantienen su rol mediador de la producción intelectual internacional, su producción es a la vez más original y creativa, con mayores raíces en una tradición propia. Creo que su rol como constructor de proyectos sociales en esa doble dirección que antes señalé, es hoy día más difusa y compleja, sobre todo más abierta y parcial. La crisis de las ideologías como mapas omnicomprensivos conductores de la acción transformadora tiende a cambiar el rol que se les ha asignado a las ideas en el mundo moderno en cuanto programas de acción, pero a la vez surge, y por lo mismo, una fuerte demanda por interpretaciones y explicaciones de un cambio tan veloz como el que estamos viviendo. Ellas estarán, por cierto, arraigadas en una determinada tradición de pensamiento, no son ideológicamente asépticas, aspiran también a representar intereses ya sean sociales, religiosos, etc., pero tienden a ser cada vez menos orgánicas y más sintéticas. He querido expresamente obviar referirme en este sentido al rol crítico de los intelectuales, que me parece una misión sacerdotal autoasignada y corporativa. Más modestamente prefiero hablar de su rol interpretativo.

Para terminar, quisiera compartir una inquietud que no tiene ninguna pretensión académica. Presiento que el rol del intelectual cambia rápidamente no sólo por la crisis de las ideologías, sino también porque el rol de la cultura escrita a la cual pertenecen cambia a pasos agigantados. Históricamente la cultura escrita ha tenido una desconfianza y una competencia con la cultura oral que hoy revive en términos no muy distintos con la cultura electrónico visual. No en vano Jacques Le Goff

definía a los intelectuales como aquellos universitarios que surgieron con la revolución urbana del siglo doce y que fueron los encargados de velar por la cultura escrita, identificada con los grandes valores de la cultura clásica y cristiana. De allí esta función más o menos salvífica atribuida a los intelectuales, que más tarde se transformó en ser los guardianes de la razón en contra del oscurantismo o de la barbarie, o la "conciencia crítica" frente a una sociedad de masas corrompida por el mercado.

Los guardianes de la cultura escrita tienen su rol, por cierto, pero presiento que han perdido algo de su diálogo privilegiado con los circuitos del poder y su influencia en las grandes audiencias. Presiento que los intelectuales viven hoy una cierta "crisis de seducción". ¿A quién seducir? ¿A los pares del mundo académico, a los políticos, a las élites dirigentes, a la opinión pública en su vaga acepción, o más modestamente a ese mercado cautivo que son los alumnos? Y aquí aparecen los puristas de distintas naturalezas que defienden una sola audiencia como moralmente legítima para el rol sacerdotal y profético de los intelectuales. El griterío de los académicos con el fenómeno Fukuyama por un lado, o un Paul Johnson que ocupa por meses la lista de los autores más vendidos en Santiago, por poner algún ejemplo, lo indican, pero quizás más ilustrativo sería hacer un catastro de las conversaciones de pasillo del medio intelectual criollo.

Creo que al menos esta sociedad más plural de hoy permite formas muy variadas de vivir la vocación intelectual, de acuerdo a carismas, creencias y obsesiones, y no creo personalmente en un compromiso específico de los intelectuales ni con una audiencia ni con un circuito ni con un medio específico. Más aún, creo que uno de los roles de los intelectuales es ser mediadores entre el mundo de la producción de conocimiento y la opinión. No digo divulgadores; digo que ese afán interpretativo se funde en los avances del conocimiento y que éste contribuya también a dar un lenguaje, uno entre muchos, al mundo de la opinión. La cultura electrónico-visual, finalmente, también requiere ser interpretada desde la cultura escrita.